

revolucionario, no había de hacer más que pública retractación tomando de su pasado una de sus constituciones anteriores. Un gran partido, todopoderoso en la Asamblea, quería hacerla retroceder hasta San Luis, pero no fué tan lejos: deteniéndose en el Imperio, se imaginó conservar lo que se llama las «conquistas de la Revolución», es decir, una cierta igualdad política, económica y social, y reproducir al mismo tiempo aquel período de prestigio y de gloria militares que, contra lo que podía esperarse, había producido la humillación y la derrota. Acaso también el pueblo, descontento de todos los regímenes que se habían sucedido durante los dos años de ensayos republicanos, se lanzaba desesperadamente en lo desconocido, y creía que una voluntad personal podría realizar las mil promesas hasta entonces engañosas, tantas veces repetidas por los escritores socialistas.

Como es natural, aquellas quiméricas esperanzas habían de ser defraudadas, porque un gobierno personal ha de tener siempre por preocupación dominante la voluntad del amo, representada naturalmente por la turba de los parásitos que le rodean, y Napoleón III no podía exceptuarse de esa ley.

En un libro famoso, *La Revolución social demostrada por el Golpe de Estado*, Proudhon trató de probar que el nuevo emperador, salido de la Revolución y elevado al poder por la voluntad de los pobres trabajadores de la ciudad y del campo, llegaría á ser forzosamente el ejecutor de una lógica de los acontecimientos, superior á sus caprichos y á los apetitos de su corte; le profetizó el papel forzado de mandatario del socialismo; pero ha de tenerse en cuenta la parte de ironía que el autor, que escribía bajo la amenaza del destierro y de la cárcel, había deslizado en su obra y que le permitía triunfar de la fuerza bruta. La historia del reinado de veinte años nos muestra que, á pesar de sus antecedentes de soñador semi-socialista y de sus congénitas tendencias de benevolencia igualitaria, el «hombre de Diciembre» fué arrastrado forzosamente por las consecuencias del perjurio y del asesinato á seguir una vía de persistente opresión. Si á veces fué el «agente de la Revolución social» debióse á que todos los hombres, y él como los otros, sirven de instrumentos involuntarios al destino.

Felizmente el impulso de libertad fué demasiado enérgico durante el período revolucionario para que fuera posible sofocarlo por completo: la fuerza viva de la actividad humana, irreprimible á pesar de todo, podía ser desviada de su objeto, y canalizada en vías laterales; pero había de manifestarse á pesar de todos los obstáculos y producir cambios considerables. Tal fué la razón por la que la prosperidad material se aumentó casi repentinamente de una manera tan notable en Francia y en toda la Europa continental durante los primeros años marcados por el triunfo de la reacción. A pesar del destierro y de la huida de gran número de republicanos y de la emigración de miles de buenos trabajadores, el movimiento industrial



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

PROUDHON (1809-1865)

y comercial tomó un singular desarrollo, debido en gran parte á la iniciativa de todos aquellos que, no pudiendo ya aplicar su genio hacia las transformaciones políticas y sociales, se dirigían hacia la creación de las empresas y la aplicación de nuevos procedimientos: hubo un sencillo desplazamiento de las fuerzas. De ese modo el imperio se hizo popular en Francia durante muchos años. El pueblo no puede entretenerse en largos razonamientos sobre la complejidad de las cosas; sin buscar las razones, personifica los

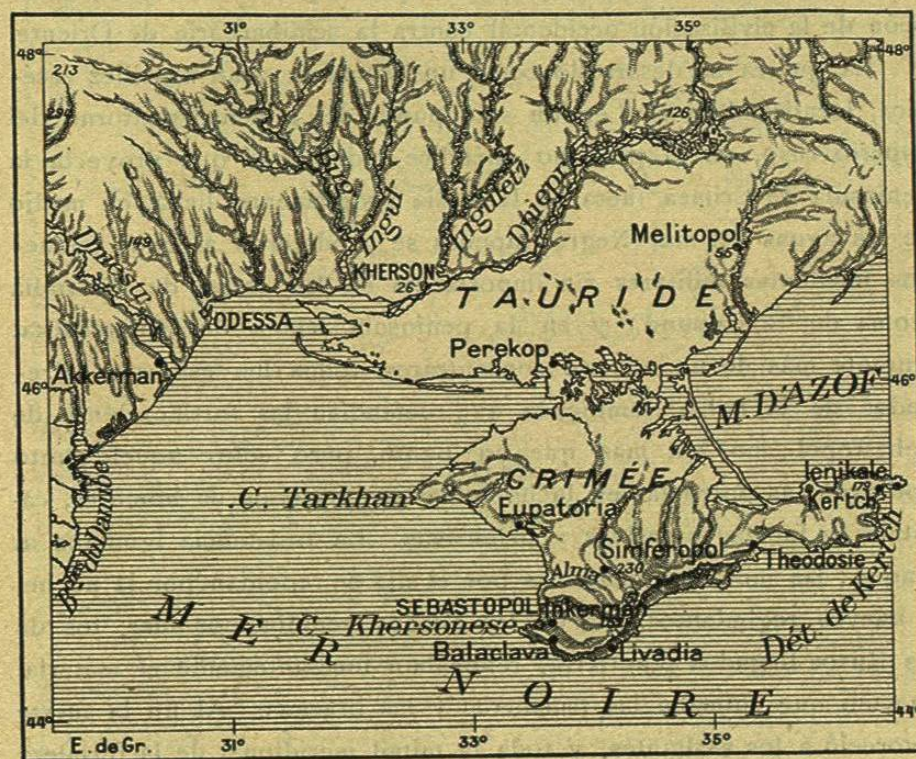


acontecimientos bajo el nombre de un hombre, al que atribuye las consecuencias del movimiento económico contemporáneo y hasta la abundancia de las mieses, cuyo origen conoce, sin embargo, puesto que son debidas á su trabajo.

Pero el imperio que habían querido unos electores ebrios todavía con su antiguo vino de gloria, no podía escapar á su destino, que era justificar su prestigio por medio de grandes guerras exteriores. La «cuestión de Oriente» presentó la ocasión favorable. Sola Turquía, en estado de descomposición política y casi impotente desde el punto de vista militar, no hubiera podido defenderse con la menor probabilidad de éxito contra un agresor tan formidable como Rusia. Y el terrible Nicolás I, el soberano que desde un tercio de siglo tronaba en su majestad solitaria como una verdadera divinidad, aquel amo reputado invencible, amenazaba entonces al imperio otomano, y sus tropas habían penetrado ya en los principados Danubianos. Constantinopla, tanto tiempo codiciada, hubiera sido para él presa fácil si las potencias occidentales, Francia é Inglaterra, no hubieran intervenido para defender á los Turcos. El interés tradicional de la Gran Bretaña se hallaba gravemente comprometido, porque la «reina de los mares», que, desde la toma de posesión de Gibraltar y de Malta, es la principal dominadora del Mediterráneo, no quería en manera alguna comprometer su imperio marítimo dejando á los Rusos la libre posesión de los Dardanelos. Pero, desde el punto de vista geográfico, tratábase también en aquel asunto de la dominación del mundo, porque las comarcas que baña el Mediterráneo oriental gobiernan los caminos de Europa hacia el Asia central y las Indias. Verdad es que el corazón de Asia, límite del Caspio, se halla entregado de antemano á las ambiciones de Rusia, mas por lo que respecta al camino de las Indias, la Gran Bretaña tenía un verdadero interés nacional, considerando el equilibrio de las potencias, en prohibir á los ejércitos rusos la entrada en Constantinopla. Sin duda aquel «camino de las Indias» fué hasta nuestros días puramente virtual: nadie lo utilizaba, porque era prácticamente inabordable. Escasos exploradores emplearon esa vía á través del Asia Menor, los países del Eufrates, el Irán y las mesetas del Afganistán; todos los mercaderes, soldados ó funcionarios,

tomaban el camino desviado del cabo de Buena Esperanza ó del canal de Suez; pero no es menos cierto que la conquista de las dos Turquías, la de Europa y la de Asia por los ejércitos del czar, cambiando el centro de gravedad del mundo político y dando á los

N.º 448. Teatro de la guerra de Oriente.



1854. 22 Abril, bombardeo de Odesa; 14 Septiembre, desembarco de los Aliados en Eupatoria; 20 Septiembre, batalla del Alma; 26 Septiembre y 26 Octubre, combates en Balaklava; 5 Noviembre, batalla de Inkerman. — 1855. 8 Septiembre, toma de Malakoff. — 1856. Tratado de París. Livadia, residencia de los emperadores de Rusia.

Rusos intervención dominante en el Mediterráneo y en el golfo Pérsico, hubiera comprometido irreparablemente, primeramente el prestigio de Inglaterra, y después, por contactos graduales, su posesión efectiva en los vastos territorios de la península hindu. Por análoga razón, y con mayor urgencia, el gobierno británico empleó, medio siglo antes, todos sus recursos disponibles en bloquear y destruir la



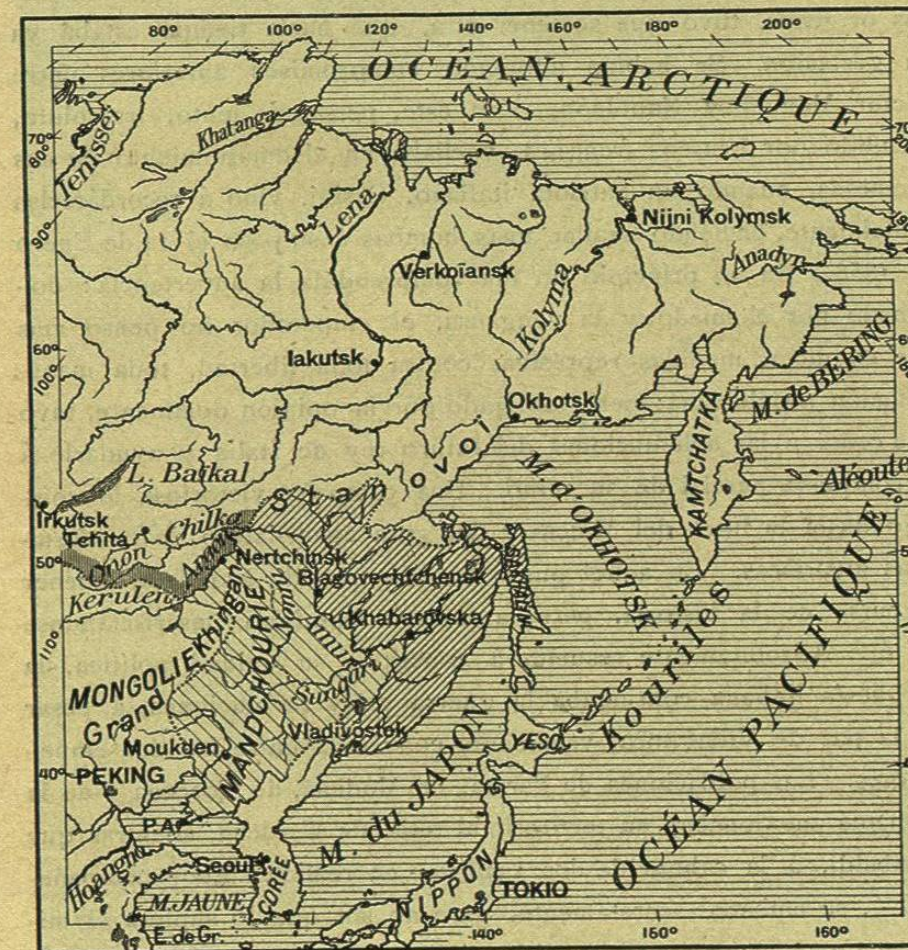
expedición francesa á Egipto. En cuanto á Francia, sus razones determinantes para medirse con el coloso ruso parecían menos claras, y, sin duda, si la nación hubiera resuelto por sí misma, no se hubiera arriesgado en esa temible aventura; pero el amo que se había dado soñaba quizá en una revancha de la retirada de Rusia, donde su tío sufrió su gran desastre, y tal vez quería presentarse como campeón de la civilización occidental contra la semibarbarie de Oriente.

La guerra se desarrolló como un drama de gran sencillez escénica, localizándose casi en un solo punto del inmenso contorno del imperio ruso, en el pequeño apéndice montañoso que proyecta la península de Crimea fuera de la Rusia propiamente dicha, en medio de las aguas del mar Negro; apenas se produjeron algunos pequeños incidentes militares sin importancia en las costas de Finlandia (toma de Bomarsund) y en la península lejana de Kamtchatka. Durante más de un año se concentraron todos los esfuerzos alrededor de la bahía ramificada que defendían las fortificaciones de Sebastopol; no era más que un punto, pero sobre aquel punto aplicaron las potencias en lucha todos sus recursos en hombres, capitales y fuerzas ofensivas y defensivas. La resistencia igualaba al ataque; las murallas demolidas por el día se reponían por la noche, y nuevos regimientos, los de los aliados venidos por mar, los de los Rusos llegados por tierra, renovaban incesantemente el material humano que colmaba las trincheras y las brechas. Al fin la suerte favoreció á los asaltantes, y toda la mitad meridional de la fortaleza fué arrancada á la guarnición rusa (8 Septiembre 1855). Del golpe, el imperio moscovita, más que vencido, se sintió profundamente rebajado, y Nicolás, presintiendo la caída, murió de humillación y de pesar; Rusia, demasiado entregada al despotismo para que le fuese posible cambiar de política, debió, sin embargo, «recogerse».

No obstante, en el momento mismo en que el prestigio de Rusia ó su potencia aparente se resentía más sensiblemente por los acontecimientos de Crimea, se desarrollaba de una manera prodigiosa en extensión material, como por una especie de crecimiento automático. El inmenso territorio que se extiende al oeste del Oussouri, entre la margen derecha del Amur y el litoral del Pacífico, quedaba anexionado al imperio y se abría á la colonización: Rusia poseía ya

una fachada sobre el libre Océano. Si por la parte del Oeste, en Europa, sus salidas marítimas sobre el Báltico y el mar Negro que-

N.º 449. Rusia del Pacífico.



1 : 40 000 000

0 500 1000 2000 Kil.

La línea formada de rayas verticales marca la frontera en el siglo XVIII. Las rayas inclinadas estrechas señalan los territorios adquiridos en 1858 (margen izquierda del Amur) y en 1860 (margen derecha del Amur). En 1875 se obtuvo del Japón el Sakhalín todo entero á cambio de las Kouriles. Las rayas espaciadas indican el territorio adquirido en 1900 y perdido en 1905, á consecuencia de la guerra ruso-japonesa. — P. A. = Port-Arthur.

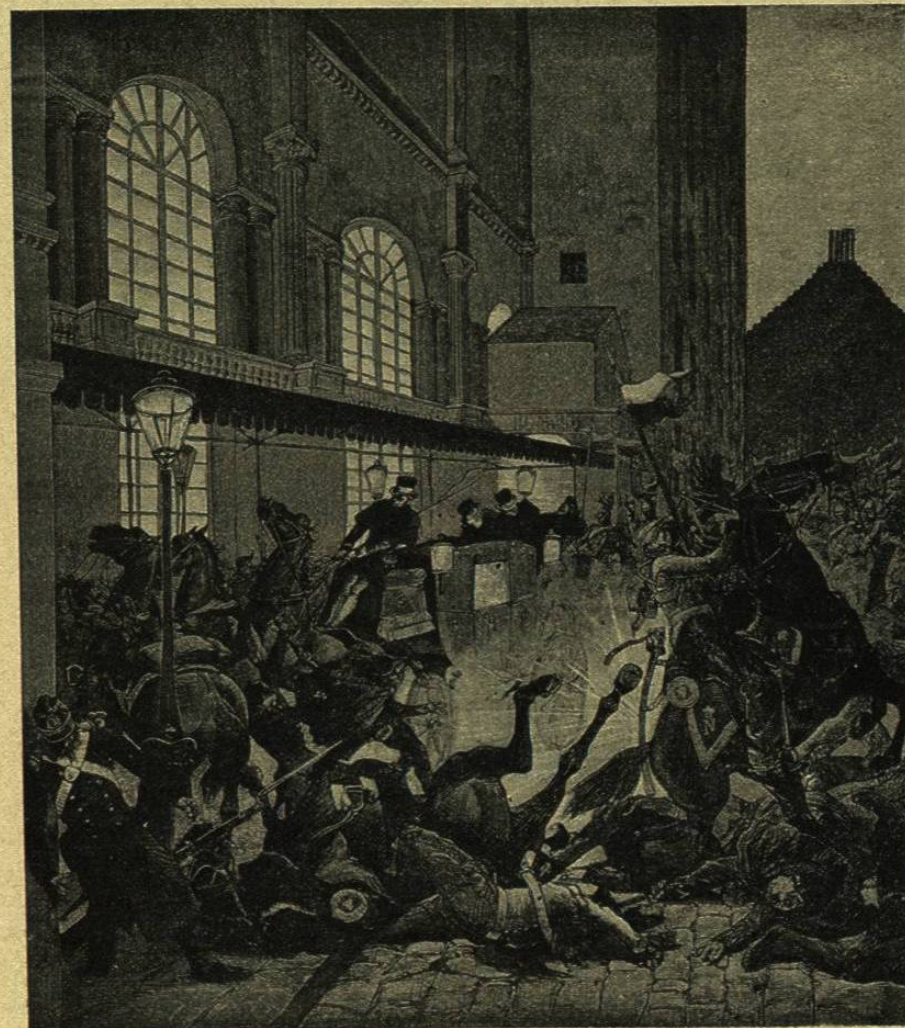
daban dificultadas por los estrechos, por el lado del Este mandaba en los espacios oceánicos, y la pequeña ciudad que se fundó para albergar sobre las costas del Pacífico los primeros representantes de



la potencia eslava pudo darse con orgullo el título de Vladivostok, «Dominador del Oriente». El tratado formal de Aigoun en 1858 sancionaba las anexiones rusas.

Poco después de la guerra de Crimea, el imperio francés, fiel á sus orígenes, tuvo que sostener otra, que hacía tiempo estaba ya en gestación. Se habían adoptado compromisos anteriores entre Víctor Manuel y Napoleón, pero éste, personaje lento, irresoluto, sacudido por bruscos frenesíes, vacilaba en el cumplimiento de sus promesas, cuando un patriota italiano, Orsini, vino á recordárselas brutalmente, haciendo estallar unas bombas á su paso el 14 de Enero de 1858. En un principio no fué comprendida la advertencia: dominado por el miedo y la venganza, el emperador no pensó más que en dictar medidas represivas contra toda libertad, toda manifestación republicana; pero, obligado por la opinión dominante, tuvo que ceder á las solicitudes del futuro rey de Italia y ayudarle á la conquista parcial de su reino. Una campaña victoriosa le condujo hasta la línea del Mincio y del gran cuadrilátero de las fortalezas austriacas. En aquel punto hubiera querido Napoleón detener el curso de la historia, pero la historia continuó desarrollándose sin él. Absolutamente resuelta á constituir su unidad política, la burguesía italiana continuaba la guerra y las revoluciones, á pesar de la paz de Villafranca, vanamente convenida entre los dos emperadores. Las poblaciones de Parma, de Módena, de Toscana y de la Romanía anexionaban su territorio al reino de Cerdeña, mientras que Garibaldi, á la cabeza de los «mil» — en realidad 1,067 compañeros —, se embarcó secretamente, pero no sin que lo supiera el ministro Cavour, y reapareció súbitamente en la costa occidental de Sicilia, en Marsala. Su expedición á través de la isla, y después al otro lado del estrecho, en el continente napolitano, fué una marcha triunfal y se terminó por una batalla decisiva (1859) en las márgenes del Vulturno. Al rey de Nápoles no le quedaba ya más recurso que encerrarse en la plaza fuerte de Gaeta con algunos fieles, y Garibaldi se preparó á marchar sobre Roma, que no hubiera resistido mejor que Palermo ó que Nápoles. Italia estaba muy próxima á «hacerse solamente», no *da se*, es decir, enteramente por sus propios esfuerzos, como hubiera querido, sino á pesar de las reticencias de

su caprichoso aliado. No quedó á éste más que rodear precipitadamente al papa con una guarnición francesa, encargada de ocupar



Cl. P. Sellier.

ATENTADO DE ORSINI

Calle Lepeletier, 14 de Enero de 1858

indefinidamente la ciudad de Roma, contra el pueblo italiano, que la consideraba como su capital. De este modo se encerraba él mismo en un callejón sin salida, porque la fuerza constante de las cosas obraba en sentido inverso de su voluntad de un día, sometida á las vicisitudes del tiempo. Así, cuando uno de sus ministros, respon-